

LECTURAS

Risa y moraleja

La historia de Samuel Titmarsh y el gran diamante Hoggarty, un anticipo del Tackeray esencial



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Si no hubiese sido riguroso contemporáneo de Charles Dickens, seguro que William Thackeray sería hoy considerado el gran maestro de la novela inglesa del XIX. Apenas sobrepasó los cincuenta años de edad, pero nos dejó dos espléndidas novelas (**Barry Lyndon** y **La feria de las vanidades**) más muchas otras llenas de gracia y sátira social, terreno donde se movía muy a su sabor. Cuando cumplía la treintena, escribió en un par de meses **La historia de Samuel Titmarsh y el gran diamante Hoggarty** que conoció primero vida en una revista y solo años después en forma de libro. ¿Una obra menor? No, ya que en ella está el Thackeray esencial: el que se propuso arañar las costumbres y modos de su época usando el humor, la parodia y una ironía siempre gota a gota destilada, sin olvidar la búsqueda de la complicidad del lector con continuos guiños a su inteligencia y buen talante. Quien sea lector de Eduardo Mendoza y no le alcance la paciencia para aguardar una nueva novela del autor catalán aquí tiene un buen aperitivo para calmar sus ansias.

El protagonista es un tipo de provincias que quiere medrar. Un malentendido acabará por darle la oportunidad de conseguirlo. Cierta pariente tan rica como altiva le regala un diamante para lucir sobre el pañuelo de cuello. La joya actuará como verdadero «macguffin» en la narración, permitiendo que se dispare hacia sus verdaderos propósitos, sin que tenga otra función que la de hacerla avanzar entre una maraña de equivocaciones, prejuicios hipócritas, trampas, timos y estafas, el amor puro, las juergas, la obsesión por la apariencia social, las cárceles de la época, los nombres propios de doble sentido, la avaricia, la mezquindad... un panorama de la sociedad británica nada amable salvo en el estilo en el que viene envuelto: suave, sin cargar tintas jamás, incitador de sonrisa continua y de un par de cajadas, con algún «leitmotiv» que enhebre el todo (el repulsivo vino «Rosolio», por ejemplo), es decir, el fin de esta novela: contar el ascenso social, la llegada a la cumbre, la estrepitosa caída y el principio de realidad imponiéndose al final (tras los consabidos sermones al efecto). Naturalmente, se salpimenta la historia con felices hallazgos: «Allí se veían más diputados que guisantes en ju-

El lector de Eduardo Mendoza al que le falte paciencia para aguardar una nueva novela suya aquí tiene un buen calmante de sus ansias

Los desencajes poéticos

Fernando Aramburu novela unas jornadas literarias que acaban en el desastre

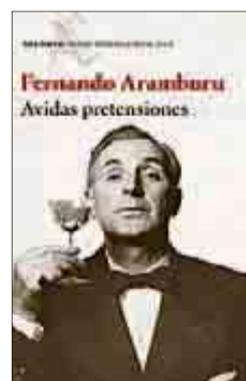


LAUREN GARCÍA

Los desacatos y las turbulentas relaciones entre poetas aparecen reflejados muy singularmente en **Ávidas pretensiones** del consolidado escritor Fernando Aramburu (San Sebastián, 1959), libro galardonado con el premio Biblioteca Breve en su última edición. Como observación primera y reveladora el autor, que también ha escrito poesía, aclara en el inicio en un halo de sinceridad, que los hechos son perfectamente reales, pero que los lugares y nombres propios son completamente ficticios. Así dentro del pueblo de Morilla del Mar, en el convento de las Sagradas Espinas de Jesús se celebrarán las terceras jornadas poéticas de Morilla del Mar. Más que significativo es que Aramburu desde las primeras páginas a todos sus integrantes como «la poetada».

No tardarán en llegar los puñales dialécticos entre poetas con un vocabulario exacerbado y crudo que desdeña todo decoro poético. También las menciones en un artículo o los halagos más peloteros con cierta vocación rancia.

El reparto de las cuotas de poder y los intereses creados y recreados son la tasa que impregna las relaciones entre los escritores, a los que el novelista vasco tildará con desdén y sin tapujos de «recaderos». Muchas de los vanagloriosos propósitos y solemnidades fatuas de fuego de artificio al citar en unas conversaciones a poetas clásicos terminarán por redondear los instintos más soeces. En unas jornadas que presuntamente tratan sobre «la belleza», emergerá el doble velo de la envidia como trasfondo y las a veces escabrosas cuestiones económicas deja a unos personajes ahogados en su propia soledad interior y testigos de una supervivencia, que acabará por fulminarles.



Ávidas pretensiones

FERNANDO ARAMBURU
Seix Barral
413 páginas

lio», o con un diálogo para definir el esnobismo de un personaje: «Su encantadora hija «a pincé» el arpa y tocado el piano y rasgado la guitarra, y «a ecorché» un par de canciones. Y hemos tenido el placer de una «promenade a l'eau». Incluso con una equivocación (¿de Thackeray, de la traductora?) cuando el héroe habla de su «acogedora casita»: «Yo le había descrito este lugar a Mary con el mismo entusiasmo con que Sancho le habla de Lisias a don Quijote». O mucho me equivoco o Sancho jamás habla del orador griego a su señor: querrá decirse que, a veces, Sancho hablaba como un Lisias. Lo importante es, para Thackeray, dar unas horas de risueña lectura y una moraleja desencantada: «En cuanto las personas esperan conseguir grandes ganancias, parece que pierden su capacidad



WILLIAM THACKERAY

La historia de Samuel Titmarsh y el gran diamante Hoggarty

Trad. Ángeles de los Santos
Ed. Periferica, 2014
250 páginas

de juicio; y creen que la tienen asegurada por el hecho de buscarla y hacen caso omiso de toda advertencia y toda sensatez. Aparte de los cientos de familias honradas que se han visto arruinadas sólo por haber puesto su confianza en [una] empresa, hay otros cientos que se han lanzado no a invertir sino a especular; y estos, caramba, merecen lo que el destino les ha deparado. Mientras se paguen los dividendos nadie hace preguntas (...). Si mañana aparece otro estafador, dentro de un año habrá otras mil víctimas. Y así será, supongo, hasta el final». Léase, pues, como escrita ahora mismo.

Frente a la altivez de sus pretendidas metas los vates serán víctimas de sí mismos, y como apunta Aramburu en un diálogo: «ya te he dicho que estos congresos son un semillero de sinvergüenzas». La corruptela será moneda común entre trastornos de salud y suicidios aplazados: el aparecer o no en una antología es un tratado de guerra.

Las tropelías y las emociones encontradas y disparatadas se sucederán hacia el atoladero entre conversación que desbrozan el absurdo y la hilaridad. Entre presunción e impostación las palabras entre poetas sobresaltan: «pobre poesía. La estamos matando con nuestro cinismo». El humor sardónico de Fernando Aramburu envuelve **Ávidas pretensiones** narrando una indisposición, dipsomanía o una relación sexual.

Girando en torno a un eje desorbitado los acontecimientos se precipitan y desencadenan con total celeridad; las jornadas serán un cúmulo de fracasos estrepitosos enfrascados en el ridículo más nauseabundo. Los poetas desdicen sus versos y bracean en un mare magnum de debacles. Prueba palpable de que ni la literatura queda cuando se derrite toda pizca de humanidad.